

■ BANDA Y VARGAS, Antonio de la: *Antonio María Esquivel*, Colección "Arte Hispalense", nº 73, Sevilla, Diputación Provincial, 2002.

*Francisco J. Palomo Díaz*

En la referida colección de artistas sevillanos se echaba de menos un título dedicado a Antonio María Esquivel, el más esencialmente romántico de los artistas decimonónicos españoles, al decir del autor, que con este libro viene a remediar una ausencia que no se justificaba. Con anterioridad a ésta sólo se tenían las monografías de José Guerrero Lovillo (1957), breve pero magistral, como todo lo que produjo el recordado profesor de la Universidad Hispalense, y el documentado artículo que le dedicara Bernardino de Pantorba en el tomo IV de la revista *Arte Español* en 1959, tan cercano al anterior como alejados ambos del presente. Aparte de los citados, en la segunda mitad del pasado siglo Esquivel fue objeto de capítulos más o menos amplios, que ofrecen de ciertas novedades, en obras generales sobre pintura decimonónica o de carácter local (La fuente Ferrari, Sánchez Cantón, Gaya Nuño, María Elena Gómez Moreno o Enrique Valdivieso González). Quizá se pudiera aducir un cierto olvido hasta aquí del periodo romántico de la pintura española por parte de la nueva historiografía artística fruto de la masificación universitaria desde 1970 en adelante. Al socaire de gustos temporales, la abundancia de tesis, y exposiciones, sobre los pintores realistas del último tercio del siglo XIX así parece confirmarlo. Hasta se podría argumentar de lógica reacción después del descrédito a que fue sometida por la vanguardia la eta-

pa precedente. La investigación tiene sus modas y sólo cuando necesitamos acercarnos a una gran figura, descubrimos con extrañeza que no ha sido tratada monográficamente con la profundidad deseada. No es único, por desgracia, el caso de Esquivel. Un muestreo de nombres por los siglos XV al XIX depara sorpresas increíbles.

El profesor De la Banda ha venido a remediar esta grave falta con su libro, que no por estar editado en una colección divulgativa carece de profundización, pues se ha de adelantar, y así nos lo dice, que lo que se presenta es compendio breve de un pormenorizado estudio sobre el pintor que aparecerá en un futuro no muy lejano. A esta empresa que su generosidad nos ofrece ahora, se ha aplicado desde hace tiempo para ir alumbrando año tras año nuevos datos sobre su persona y obra:

"Un posible Esquivel en la Parroquia de la Concepción de La Laguna", en *Archivo Hispalense*, número 186, 1978.

"Seis cartas del Conde de San Luis a Esquivel", en tomo I de la revista *Laboratorio de Arte*, Sevilla, 1990, págs. 169-178.

"Papeles inéditos en torno al pintor Esquivel", en tomo II de la revista *Laboratorio de Arte*, Sevilla, 1992, págs. 379-385.

"Opiniones críticas del pintor Esquivel", en *Temas de Estética y Arte*, número 14, 2000, págs. 15-21.

Además de los descubrimientos de inéditos al escudriñar archivos, legados y co-

lecciones particulares o eclesiásticas no atendidos hasta entonces, es de considerar en el profesor De la Banda su dedicación al siglo XIX en todas sus facetas plásticas y sus numerosos estudios sobre los pintores sevillanos en particular. Esta continuada labor y el perfecto conocimiento del medio es fundamental para el encuadre del artista en su tiempo, tal como nos lo demuestra. Sin duda, estamos ante uno de los mejores conocedores de la pintura, de las instituciones académicas o docentes de Bellas Artes y de los métodos artísticos del siglo XIX españoles. Todo ello contribuye a abordar con rigor el asunto que nos concierne, no teniendo más límites que los impuestos por la colección en que se publica y los cronológicos del artista estudiado, Antonio María Esquivel Suárez, nacido en Sevilla en 1806 y fallecido tempranamente en Madrid en 1857. Entre ambas fechas se desarrolla una de las etapas más intensa, convulsiva, creadora y cambiante de la historia española en casi todos los órdenes de la vida y de la cultura, que en lo pictórico puede denominarse de auténtica edad de plata por la fecundidad de sus artífices y por la calidad de las escuelas regionales.

Aunque no tenemos intención de hacer un resumen de cada una de las partes en que se divide el libro, éstas son: Proemio, Caracteres y matices del romanticismo pictórico español, El medio ambiente esquivelino, Una apasionante biografía, Una acusada personalidad, Formación y evolución estilística, Técnica e iconografía, La obra pictórica, La obra gráfica, La obra literaria, Esquivel ante la crítica, Ilustraciones y Bibliografía.

El autor, que, como se ha dicho, conoce perfectamente el periodo estudiado,

al que ha vuelto una y otra vez tanto en obras generales como en ensayos específicos, introduce al lector en el mismo con una exposición de sus características en pintura y literatura. Distingue los elementos que diferencian las tendencias pictóricas del momento (casticismo, purismo, romanticismo ortodoxo, nazarenismo catalán, templanza andaluza) y sus representantes genuinos. Con acertado criterio y amena redacción estudia las circunstancias sociales para la formación y primera vivencia de Esquivel en Sevilla y las propias que se encontró en Madrid: los centros docentes, el comercio del arte, el mundo interno en las sociedades burguesas y la vida en las Academias. En la Biografía, el profesor De la Banda pondera la formación humanística del biografiado, que determinaría en gran parte su evolución artística y sus relaciones adultas con lo más granado de la intelectualidad española coetánea o con otros artistas, muchos de ellos objeto de estudio en artículos precedentes (las relaciones de Esquivel con José Viñchez, José María Romero, Rafael Mitjana y Bracho Murillo son una invitación a la investigación de parcelas muy ignoradas del arte malagueño anterior al realismo). Formado en el murillismo con José Bécquer y con José Gutiérrez de la Vega, de ideas liberales y de romanticismo acendrado, la vida del artista va siendo desgranada en los aspectos que la caracterizaron. Esquivel fue cofundador del Liceo Artístico de Madrid, ciudad en la que vivió desde 1831 hasta 1838, fecha en que volvió a Sevilla para retornar a Madrid tres años después. A destacar por su romanticismo, los episodios de la ceguera e intentos de suicidio del artista y el capítulo de hermosa solidaridad que los Liceos de España emprendieron para ayudarle con

ediciones, funciones benéficas y subastas, que nos traen a esta época insolidaria de famas efímeras y televisivas otra de valores morales en la que las personas tenían un alto concepto de las instituciones, de la amistad y de sí mismas. Estas prendas explican otras decisiones no menos sorprendentes, la de un Esquivel pidiendo a la Reina que se le concediera la Cruz de Isabel la Católica y, en posesión de ella, por parecerle poco, volviendo a reclamar más tarde al Regente Espartero que le elevase a rango de Comendador de la Orden. El recuento de la crónica presencia de sus obras en las exposiciones de la Real Academia, las críticas y elogios que recibieron así como la multifacética actividad del artista, deja perfectamente dilucidado un singular periplo vital desde el que abordar en los capítulos siguientes el estudio de sus producciones.

El retrato psicológico de Esquivel no sólo se adentra en su carácter y perfil humano, también se pregunta por aspectos no dilucidados y, aparentemente, intrascendentes, cual el de su sempiterna escasez económica, inexplicable, pues fueron más de trescientos los retratos que hizo a personalidades de la clase media isabelina. La confrontación del pintor con los Madrazo es elemento que sirve, junto a otros de su formación en el prerromanticismo de Cabral y en el casticismo de Bécquer más el clasicismo académico, para interiorizar en la estilística de Esquivel, ese "eclecticismo templado" que a él y a otros andaluces adjudicara Gaya Nuño, y al que De la Banda añade las influencias madrileñas casticista y purista o la de los retratistas británicos dieciochescos o contemporáneos. El estudio de las técnicas e iconografía revela el co-

mentado polifacetismo del artista: la influencia del teatro en sus composiciones históricas, la recurrencia murillesca en las religiosas; la buena composición, sobre todo en figuras aisladas; la riqueza tonal mesurada; el uso de los más diversos formatos y soportes; la variedad técnica, acuarelista, dibujante soberbio, aguafortista, litógrafo; sus facetas de crítico y tratadista de arte, poeta. El autor analiza con rigor y exhaustiva claridad cada una de las técnicas y la temática plural, no menos sorprendente. Ésta la ejerció Esquivel en todos los asuntos, desde los sacros y mitológicos -pretexto para ejercitar su amor al desnudo- a los históricos y costumbristas, aunque haya quedado como un excelente pintor de retratos individuales o colectivos, modalidad en la que fue pionero con sus dos famosos lienzos dedicados a los poetas y a los actores del momento, *Lectura de Zorrilla en el estudio de Esquivel* (1846) y *Una lectura de Ventura de la Vega en el Teatro del Príncipe*, inacabado. Finalmente, con un criterio amplio de estudio que es de agradecer, don Antonio de la Banda se adentra en el comentario y exposición de cada una de las facetas literarias de Esquivel, incluidas las composiciones poéticas, aunque reconociendo su menguada calidad, para explicar con detenimiento cada una de las partes y características del *Tratado de Anatomía Pictórica* (1848), que ya estudiara Enrique Arias, y sus ilustraciones litográficas. Un recorrido por la crítica coetánea recibida por el artista es epítome de una investigación tan rigurosa en el método como fluida en su escritura, que nos ha ido descubriendo aspectos y conceptos de la vida y obra del pintor Esquivel, que se nos presenta muy vivo, cercano y con una cálida humanidad que ahonda en el ánimo del lec-

tor. El aparato ilustrador, según las normas establecidas por la colección, ha obligado al autor a hacer una selección tan interesante como novedosa de la cual el lector ha ido teniendo noticia a lo largo del texto, aunque cada una de las imágenes se comenta particularmente para mayor abundamiento sobre las virtudes y calidades de la obra de referencia. No nos podemos parar aquí, pero entre las inéditas, a reseñar la bella *Santa Isabel de Hungría*, y, como siempre, ese emblemático e importantísimo cuadro en la vida del artista que fue *La caída de Luzbel* (1841), la victoria de la luz sobre la ceguera, que, muy acertadamente, el autor ha elegido también para la portada, pues en él se cifran las claves más genuinas de la vida, el estilo y la obra del romántico Esquivel.

En conclusión, estamos ante una monografía útil y necesaria para un mejor conocimiento y esclarecimiento de la figura

de Antonio María Esquivel y del periodo romántico de la pintura española. La visión actualizada desde todas las perspectivas posibles está asentada en el rigor del análisis de los documentos que aporta y en la puesta al día de los criterios anteriores que valoraban la obra y trayectoria del pintor. Junto a la aportación documental, es de destacar, como se ha dicho, la adjudicación de nuevas autorías, desconocidas hasta ahora por estar en colecciones particulares. Lo limitado de la colección no le ha impedido dar noticia de las pinturas perdidas o en paradero desconocido, que ficha y comenta con los datos de archivo o de crítica coetáneos al artista. Con ello queda abierta una puerta para su descubrimiento y catalogación que, estamos seguros, no tardará en producirse y que el profesor De la Banda nos ofrecerá en esa exhaustiva y definitiva obra sobre Antonio María Esquivel, que nos tiene anunciada, de la cual ésta es feliz augurio.